

I Congreso Latinoamericano De Teoría Social

“¿Por qué la Teoría Social? Las posibilidades críticas de los abordajes clásicos, contemporáneos y emergentes”

MESA 36 | Trabajo y Subjetividad: Marcos teórico- conceptuales para el estudio de los Sujetos Laborales en la modernidad contemporánea en América Latina

El estudio de la relación entre subjetividad y trabajo en el capitalismo: elementos para un abordaje teórico y empírico

Marcela Zangaro

Universidad Nacional de Quilmes

mzangaro@yahoo.com.ar

Introducción

El estudio de la relación entre subjetividad y trabajo comporta un desafío doble, tanto teórico como empírico. El de carácter teórico consiste en evitar el reduccionismo dualista y el trascendentalista. El dualista opone individuo a colectivo y estructura a acción; el trascendentalista ignora la dimensión histórica (y, por ello, en cierto sentido contingente) de la relación entre capital y trabajo y prioriza una perspectiva de permanencia diacrónica que ignora el carácter fundamental (y fundador) que tiene el trabajo en la constitución y el mantenimiento de las relaciones sociales específicamente capitalistas. El desafío empírico consiste en proponer un enfoque metodológico, herramientas y procedimientos de abordaje de lo real coherentes con aquellos lineamientos teóricos, y que permitan considerar de manera sistemática, significativa y en su complejidad la relación entre trabajo y subjetividad capitalistas.

En este trabajo me propongo dar cuenta de elementos teóricos y metodologías que asumen e intentan dar respuestas a ambos desafíos. En esa línea, presento una propuesta teórica de abordaje de la relación entre subjetividad y trabajo que se inscribe en de los desarrollos foucaulteanos de la subjetividad; luego, me ocupo de la dimensión de abordaje empírico a partir de proponer un acercamiento al discurso como medio para la comprensión de la relación entre subjetividad y trabajo. Para ello, presentamos los lineamientos propuestos por

el enfoque del Análisis crítico del discurso (ACD) y me detengo en particular en las ideas de uno de sus fundadores, Norman Fairclough.

1. Abordar la relación entre trabajo y subjetividad desde una perspectiva teórica crítica

La importancia que adquiere la reflexión crítica en torno a la relación entre subjetividad y trabajo deriva, podemos decir, del carácter constitutivo del segundo para la primera. Sin embargo, y a pesar de lo que ciertas corrientes de pensamiento (por ejemplo en el ámbito de la economía) y aún cierto sentido común difundido pretenden sostener, ese carácter constitutivo del trabajo para el sujeto no es una invariante histórica. Esto es, resulta necesario establecer una diferenciación entre el hecho biológico más básico de que los sujetos, al no ser organismos autosuficientes, deben desarrollar actividades que les permitan obtener los elementos necesarios para asegurar su subsistencia (a lo que Marx se refiere en términos de la necesidad de controlar nuestro metabolismo con la naturaleza¹) y el hecho de que el trabajo se convierta, de manera generalizada, en el eje en torno al cual se articula el conjunto de las relaciones sociales. Este acontecimiento específico que coloca al trabajo en el centro de la definición de los sujetos, entonces, no hace referencia a ese sentido biológico de la actividad humana sino al que denota un tipo de actividad específica: la asalariada, productora de valor. Esto es, el trabajo que deviene definición del sujeto es trabajo capitalista.

Si hablamos del trabajo capitalista como lo que define al sujeto y que articula lo social, datamos el papel constitutivo del trabajo para la subjetividad en los orígenes de la modernidad y en la difusión de la industrialización. Con esto abandonamos las perspectivas trascendentalistas que otorgan al trabajo un lugar invariante en la historia del sujeto y que, a su vez, adjudican al trabajo características constantes y, al mismo tiempo, evolutivas. Esto significa: en un trasfondo de permanencia transhistórica, el trabajo tendría una evolución resultante, principalmente, del desarrollo de la técnica. Esta perspectiva trascendentalista (ya sea que se aplique a la relación entre trabajo y subjetividad como al trabajo en sí) es reduccionista porque limita la riqueza de los procesos históricos e ignora su carácter, en cierto sentido, contingente.

Una reflexión crítica en torno al trabajo implica también tener en cuenta la multidimensionalidad del objeto al que ese concepto se refiere: la posibilidad de comprender

¹ “El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida.” (Marx, 1990: 215).

en toda su riqueza la relación de un sujeto individual con su trabajo se ancla en la comprensión de la lógica que anima la dimensión subjetiva colectiva en la que aquella se asienta (dado un contexto socio-histórico particular), al tiempo que toda dimensión colectiva se materializa, también e indefectiblemente, en el ejercicio subjetivo individual de la actividad. Considerar que el sujeto individual que trabaja puede ser comprendido fuera de su inscripción en el colectivo, o que la subjetividad colectiva puede ser entendida como una entidad supraindividual con una existencia totalmente separada de manifestaciones particulares implica reducir un fenómeno múltiple a una sola faceta específica. Implica en definitiva desconocer, en términos de Guattari, el carácter polifónico de la subjetividad (Guattari, 1996).

La posibilidad de evitar cualquiera de estos reduccionismos desde el punto de vista teórico (y, por consiguiente, desde el punto de vista metodológico) supone encontrar un marco que tome en cuenta de manera simultánea lo histórico, lo colectivo y lo individual. Considero que el enfoque foucaulteano de la subjetividad y sus desarrollos en torno al trabajo en el capitalismo responden a este requisito. Detengámonos brevemente en ellos.

2. El enfoque foucaulteano de la constitución de la subjetividad: los modos de subjetivación

Un concepto foucaulteano que permite dar cuenta de la constitución socio-histórica de la subjetividad es el de modo de subjetivación. Los modos de subjetivación son las prácticas históricas de constitución de los sujetos (Foucault 1990), que se vinculan tanto con modos de pensar como con modos de obrar. Estos modos de pensar y de obrar objetivan al sujeto como objeto de conocimiento y como objeto de práctica para otros o para sí mismo, y lo sitúa, por ello, en un entramado de relaciones de saber y de poder.

Pero al objetivar al sujeto, los modos de pensar y de obrar ponen en marcha un juego que da lugar a la subjetivación: el sujeto se objetiva en –se pone o es puesto como- objeto de relaciones de saber y de relaciones de poder (hecho que delimita un campo de experiencia posible) y, en función de la verdad y de las prácticas articuladas a partir de esa objetivación, conforma una subjetividad históricamente delimitada. Esto significa que entender la subjetividad es, en definitiva, entender “la manera en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad en el que tiene relación consigo” (Foucault, 1984:365). Entonces, los procesos de subjetivación deben comprenderse, necesariamente, en relación con los procesos de objetivación: unos y otros no son independientes.

Siguiendo esta línea de análisis, la obra foucaultea establece tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos. En primer lugar, podemos mencionar el propuesto por los modos de investigación que buscan acceder a la categoría de ciencia. Estos modos de objetivación forman “juegos diversos de verdad a través de los cuales el sujeto ha llegado a ser objeto de conocimiento” (Foucault, 1984: 365). En segundo lugar, podemos tener en cuenta la objetivación del sujeto por medio de las prácticas divisorias o escindentes. Estas prácticas hacen del sujeto un objeto dividido respecto de sí mismo o de los otros. En este caso, se trata de “la constitución del sujeto tal como puede aparecer del otro lado de una partición normativa” (Foucault, 1984: 365), partición en la que se ubica en función del poder que los otros ejercen sobre él. Finalmente, el tercer modo de objetivación es aquel que resulta de las prácticas que el sujeto ejerce sobre sí mismo y que condicen con su conversión en sujeto, objetivación que nos conduce al “sujeto como objeto para sí mismo” (Foucault, 1984:365). Estas prácticas del sujeto sobre sí mismo constituyen el dominio de las relaciones con uno mismo que establecen un *ethos*, un modo de ser; se encuadran en un conjunto de valores y reglas que son propuestos a los individuos y grupos de manera más o menos explícita a través de un código (moral) en relación al cual se evalúan los comportamientos (Castro, 2011). En resumen, podemos decir que los modos de objetivación implican que los sujetos entablan relaciones de saber con una verdad, relaciones de poder sobre otros y sobre sí mismos y a partir de estas relaciones se transforman en sujetos. La subjetividad es el resultado de un movimiento por el que los seres humanos se objetivan, se constituyen en objetos de una teoría o una práctica y *por y a partir de* esta objetivación se convierten en un tipo de sujetos, y no en otro.

Ahora bien, si esta matriz permite comprender el carácter histórico de la constitución del sujeto ¿cómo permite explicar el surgimiento de una subjetividad que se constituye en torno del trabajo (asalariado)? ¿Por medio de qué procesos específicos de objetivación-subjetivación los sujetos (modernos) se constituyen en sujetos de trabajo? Si seguimos la coherencia del planteo foucaultea, diremos que por medio de los modos de objetivación que subjetivan: tanto los que buscan constituirse en verdades que sostienen saberes aceptados socialmente sobre el trabajo, como los que implican el ejercicio del poder sobre los otros en el trabajo, además de los que involucran el ejercicio de poder sobre uno mismo para lograr la adecuación al trabajo.

En lo que refiere a los modos de objetivación que aspiran a acceder a la categoría de saberes aceptados (como ciencias), la economía política tiene un papel fundamental como instancia

articuladora de esa relación moderna entre subjetividad y trabajo.² Para Foucault, esto se debe a la vinculación que se plantea entre el concepto de trabajo y el de producción: es de la mano de la concepción de valor de la economía política que ese concepto aparece en el orden del saber en la modernidad (Foucault 1998). Los desarrollos en ese campo del saber tanto de Adam Smith como de David Ricardo sientan las bases para la consideración de que las mercancías son producto del trabajo y de que su valor de cambio se determina por la cantidad de trabajo que representan o que las produce.³ Así, en la episteme económica moderna, el trabajo se convierte en una medida irreductible, en un “trascendental”, que permite el surgimiento de nuevas positividades o empiricidades, como las formas de trabajo y las formas de capital; el capital se convierte en el nuevo objeto cognoscible de la economía y el nuevo método para su conocimiento científico pasa a ser el análisis de las formas de producción; el trabajo es instalado como un concepto central en la comprensión del hombre moderno y, como consecuencia, la modernidad elabora una visión de lo social basada en el tiempo de trabajo y su mercantilización, y en el hombre como productor.

Esta “invención” del trabajo en el plano del saber de la modernidad coexiste con un conjunto de prácticas sociales que constituyen al individuo moderno como trabajador por medio de ciertas relaciones de poder, porque la episteme moderna se hace presente en las prácticas sociales a partir de un ejercicio específico del poder. Foucault asigna a las formas de poder desplegadas en el dispositivo disciplinario un papel fundamental en la vinculación entre subjetividad y trabajo modernas, ya que este dispositivo es uno de los factores que facilita la consolidación del capitalismo y opera la conversión del sujeto en sujeto productivo, esto es, en un cuerpo dócil y útil (Foucault 1988).

Tengamos en cuenta que el dispositivo disciplinario se despliega de manera generalizada en un contexto histórico en el que existe una clase poseedora de los medios de producción y otra que, careciendo de ellos por haber sido expropiada, debe entrar de manera forzada en una

² Es necesario remarcar que el centro de interés de los desarrollos foucaulteanos no gira en torno a entender esta faceta de la subjetividad en particular, que articula sujeto y trabajo. Como Foucault mismo lo manifiesta, su interés radica más bien en comprender las formas (generales) de subjetivación. Por ello, el concepto de trabajo (como trabajo asalariado) se encuentra lejos de ocupar el lugar que tiene en la filosofía foucaultea el concepto de sujeto y, por ello también, a lo largo de esa obra es posible rartrear explicaciones de la constitución de la subjetividad alejadas (históricamente) de los orígenes y la difusión del trabajo capitalista, aunque es factible identificar momentos de interés en él. Uno de esos momentos, por ejemplo, se pone en evidencia en los desarrollos de *Vigilar y Castigar* (1975) que refieren a la difusión del dispositivo disciplinario; otro, cuando aborda los procesos de gubernamentalidad neoliberal a partir de los desarrollos de la teoría del capital humano, en *Nacimiento de la biopolítica* (2007). Desde nuestro punto de vista, a pesar de este desarrollo no muy extenso o sistemático el enfoque foucaulteano es particularmente potente para comprender no sólo los procesos de subjetivación en general sino los centrados en el trabajo capitalista. Para un desarrollo más detallado de este punto de vista véase Zangaro, 2011.

³ En la obra que estamos considerando, Foucault no da cuenta en el campo de la economía de los desarrollos de Marx. Sin embargo, considera que la perspectiva marxista es solidaria con la disposición epistemológica del siglo XIX que deriva de aquellos autores. Véase al respecto Foucault 1998, en especial el capítulo VIII.

relación de venta de su fuerza de trabajo por un salario. El capital compra fuerza de trabajo porque produce valor. La fuerza de trabajo se vende por tiempo acotado, el capital paga por tiempo de ejercicio de fuerza de trabajo. Esto significa que cuanto más el capital hace rendir el tiempo de trabajo, más valor crea, más se valoriza. En la medida en que los trabajadores están en posesión del saber-hacer del trabajo pueden regular el tiempo y los modos (como procesos) de ejecución del trabajo, haciéndolo de formas múltiples. En definitiva, pueden regular de alguna manera el proceso creador de valor. Esta regulación, por supuesto, puede ser contraria a los intereses del capital: los trabajadores pueden trabajar pero no ser productivos. Ante esta eventualidad, el capital encuentra en la expropiación del saber-hacer del oficio y en el dominio real del ejercicio de trabajo unas estrategias fundamentales para asentar su existencia. Y el dispositivo disciplinario es instrumento más que propicio para doblegar esa eventualidad: por medio de las técnicas que le son propias (observación, vigilancia, examen) permite el registro y el análisis sistemático de los movimientos corporales que los trabajadores despliegan guiados por el saber-hacer del oficio. Así, la disciplina pone a disposición de los capitalistas ese saber-hacer del trabajo que hasta ese momento les estaba vedado, y permite que el poder funcione en la lógica de una “economía política” que reviste tres aspectos fundamentales: la vigilancia, el control y la corrección de los cuerpos “indóviles e inútiles”. El dispositivo disciplinario despliega esas actividades en el marco de las instituciones de secuestro en las que se materializan las relaciones de saber/poder de la sociedad disciplinaria sobre el cuerpo individual y colectivo: la cárcel, el cuartel, la escuela, la fábrica (Foucault 1986).

El dispositivo disciplinario (operando de manera articulada con la episteme de la época), constituye en definitiva uno de los modos de objetivación que convierte a los sujetos en sujetos que actúan sobre otros sujetos para ligar su subjetividad al trabajo. Pero, como dijimos, existe además una dimensión de la constitución de la subjetividad que tiene que ver con la relación del sujeto consigo mismo: el poder no es simplemente de un único sentido, sobre otros. Así, en el entramado definido por las relaciones de saber-poder de una época, el individuo también entabla relaciones consigo mismo que lo vinculan al trabajo. El análisis de esas relaciones implica considerar el tercer modo de objetivación que torna a los seres humanos en sujetos: el gobierno.⁴ Cuando el concepto de gobierno remite a las técnicas

⁴ En la obra de Foucault, el concepto de gobierno puede referir tanto al poder sobre los otros en el sentido del dispositivo disciplinario como al poder sobre sí mismo, en el sentido de las prácticas de sí o las tecnologías del yo que permiten la constitución de un sujeto ético. Foucault denomina “gubernamentalidad” a la resultante de la confluencia entre estas dos modalidades posibles de gobierno: las técnicas de poder ejercidas sobre los otros y las técnicas ejercidas sobre sí mismo (Foucault 2006). En este trabajo usaremos la noción de gobierno o gubernamentalidad refiriéndonos a este último sentido, para tratar de mantener una diferenciación más clara con

ejercidas sobre sí, implica considerar los procedimientos mediante los cuales el sujeto es conducido a observarse a sí mismo, analizarse, descifrarse o reconocerse como dominio de saber y de hacer posibles (Foucault, 2006b) y en el reconocimiento de las formas en las que se establece la relación consigo mismo, el sujeto se constituye como sujeto a la vez que se reconoce como tal.

Pero nuevamente, debiéramos preguntarnos: ¿de qué manera el ejercicio de este dispositivo gubernamental coloca el trabajo en el centro de la constitución de la subjetividad? Las explicaciones de Foucault, en este caso, se desplazan del surgimiento del capitalismo a una etapa posterior de su desarrollo: la que transcurre a partir de la segunda mitad del siglo XX (y que, podemos decir, define rasgos fundamentales de nuestra actualidad). Desde esa época las relaciones de saber-poder diagraman una grilla de racionalidad (esto es, una matriz socialmente establecida de comprensión de lo real y de uno mismo⁵) que sienta las bases para el ejercicio de una práctica de subjetivación que se articula en torno a la comprensión de un trabajo que deviene capital, en tanto y en cuanto la vida de los sujetos se define como capital humano. Esa comprensión articula la razón gubernamental neoliberal.

La teoría del capital humano, propuesta por los liberales norteamericanos en la segunda mitad del siglo pasado sienta las bases de una nueva forma de relación consigo mismo y con los otros, una nueva forma de gubernamentalidad que, según Foucault, tiene una doble importancia. Por un lado, hace incursionar el análisis económico en un dominio inexplorado hasta mitad del siglo XX; por el otro, permite reinterpretar en términos económicos un dominio de acontecimientos que, hasta el momento, escapaba de esa matriz. El dominio inexplorado hasta el momento por la economía es el del trabajo entendido como un recurso del que dispone el trabajador.⁶ Este desempeñará una conducta económica racional y calculada para decidir cómo asignará este recurso a fines antagónicos o alternativos y para determinar consecuencias derivadas de esa asignación. La novedad que aporta este tipo de análisis, en definitiva, reside en el hecho de que para el *mainstream* económico el trabajo ya no se trata de un factor de producción adquirible en el mercado de trabajo como un insumo

respecto del dispositivo disciplinario y para reforzar la distancia histórica que Foucault pone en el tratamiento de ambas formas de ejercicio del poder en vinculación con el trabajo. Para una descripción minuciosa de las modalidades del concepto de gubernamentalidad en la teoría foucaultiana puede consultarse el artículo “Gubernamentalidad” en Castro, 2011.

⁵ Para una explicación más detallada de cómo opera esta matriz en la constitución de la subjetividad. Véase Zangaro, 2011. Hacia el final de este trabajo, veremos que en la constitución de esta grilla el discurso tiene un rol destacado (y, dentro de ella, principalmente los significados ideacionales).

⁶ Como bien remarca Foucault, la idea que en definitiva “aparecerá”, la de que el trabajo es fuente de riqueza, es novedosa con respecto a las explicaciones dominantes en el terreno económico de Smith, Ricardo y Keynes, quienes consideraban el trabajo o como un mero factor productivo o una abstracción (en términos de Marx, como trabajo abstracto). En cambio, no constituye una novedad respecto de las explicaciones de Marx, con quien, según Foucault, los liberales norteamericanos nunca discuten. Cf. Foucault, 2007: 259 y siguientes.

más. Se trata más bien de que el trabajo entra en el circuito económico en la forma de un sujeto activo que responde a las mismas leyes económicas que rigen la conducta del empresario capitalista: las de la competencia. En tanto actúa como sujeto activo bajo las leyes de la competencia, el sujeto deberá implementar la elección estratégica de medios, vías e instrumentos que vuelvan racionalmente óptimas las asignaciones de recursos a fines alternativos. Y es aquí donde reside el origen de la reinterpretación en términos económicos de un dominio de acontecimientos que, hasta el momento, escapaban de esa matriz, porque el capital del trabajador es aptitud e idoneidad, es “conjunto de factores físicos, psicológicos que otorgan a alguien la capacidad de ganar tal o cual salario” (Foucault, 2007: 262).

Esta definición del capital humano implica una nueva forma de intervenir sobre el trabajo y, en consecuencia, sobre el trabajador, pero no en términos del proceso laboral que desarrolla sino en términos de cómo se lo considera socialmente. El poder sobre el trabajador se ejerce como el gobierno sobre factores vitales individuales tanto innatos (genéticos o congénitos) como adquiridos, para la constitución de un trabajador que se vea a sí mismo como capitalista en la arena de la competencia. Comienza a desplegarse así un análisis y un cálculo que buscan, por ejemplo, prevenir o evitar riesgos derivados de orígenes biológicos cuestionables y potencialmente perjudiciales para los individuos o para el resto de la sociedad. El análisis y el cálculo se extienden hasta los factores contextuales que pueden influir en el desarrollo de los biológicos: la educación recibida, el “ambiente” de crecimiento y formación más general (la familia, las relaciones sociales), la atención médica a la que se accede, etc. Estos factores influirán en el valor asignable al propio capital y, consecuentemente, en la capacidad de entrar y desenvolverse en la relación de competencia. El sujeto deberá, para devenir tal, ejercer sobre cada aspecto de su propia vida una serie de prácticas que le permitan desarrollar tanto física, como psíquica y emocionalmente el capital que le pertenece por derecho propio: su propia existencia, su propia vida actual y en potencia.

Resumamos lo dicho hasta aquí. Partimos de la idea de que el estudio de la relación entre subjetividad y trabajo comporta un desafío doble, teórico y empírico. Ambos están vinculados con la tarea de evitar explicaciones reduccionistas. Intentamos mostrar cómo un abordaje de tipo foucaulteano permite cumplir con esa tarea al postular prácticas de constitución de la subjetividad (modos de subjetivación) que se articulan siguiendo principios históricos en la constitución de la subjetividad y de su vinculación con el trabajo. Con este enfoque es posible sostener la existencia de coordenadas históricas que constituyen los *a priori históricos* de una

época que posibilitan el surgimiento de un sujeto con características particulares⁷, al tiempo que es posible evitar también el planteo de una oposición reduccionista entre individuo y colectivo, ya que no hay posibilidad de constitución de un sujeto individual si no es a través de la mediación de una instancia de práctica colectiva y no hay colectividad posible en la anulación de la práctica individual. Pero este enfoque, que bien puede servir para hacer frente al desafío teórico que mencionamos al comienzo, deja pendiente el desafío empírico: desarrollar o adoptar un enfoque metodológico que permita utilizar herramientas y procedimientos de abordaje de lo real coherentes con aquellos lineamientos teóricos, y que permita considerar de manera sistemática, significativa y en su complejidad la relación entre trabajo y subjetividad capitalistas. En el próximo apartado nos proponemos dar cuenta de ese abordaje empírico.

3. Abordar la relación entre trabajo y subjetividad desde una perspectiva empírica crítica

Es necesario remarcar, ya llegados a este punto, que nuestro interés en construir una matriz teórica para comprender la relación entre subjetividad y trabajo deriva de la intención precisa de comprender *una experiencia históricamente singular*: la de subjetivación actual en relación con el trabajo capitalista. Y entender una experiencia implica, desde un enfoque foucaulteano, entender “la correlación dentro de una cultura, entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad” (Foucault: 1986: 8); implica “disponer de instrumentos susceptibles de analizar, según su carácter propio y sus correlaciones, los tres ejes que la constituyen: la formación de los saberes que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan su práctica y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos (...)” (Foucault 1986: 8). Foucault articula toda su producción teórica en torno a este eje, cuya unidad puede reconstruirse cuando se ve su obra en conjunto. Ahora bien, si quisiéramos replicar un análisis de la experiencia en el sentido foucaulteano podríamos hacerlo siguiendo la tradición del autor: desde lo discursivo, esto es, a partir de un análisis de los discursos, de los textos como objetos empíricos.⁸ Hacerlo así implica haber tomado una decisión metodológica con respecto a la manera en la que es posible acceder al objeto de interés en

⁷ Lo que no implica, necesariamente, que no *podría*, de hecho, darse otro tipo de sujeto y, mucho menos, otro conjunto de coordenadas que dispusieran otro grupo de características: esto implica que no hay un determinismo histórico.

⁸ Como desarrollaré con un poco más de detalle a continuación, mi decisión de analizar las prácticas a partir de los textos producidos en ellas no deriva solo de la adopción de un marco de comprensión foucaulteano sino, también, de la valoración de lo discursivo como un momento de la práctica social.

cuestión. Cualquier investigador, en algún momento de su práctica, debe decidir el medio a través del cual pondrá a prueba sus elucubraciones teóricas y obtendrá nuevas aristas de la realidad sobre las que se ha puesto a pensar.

En la tradición de la investigación en ciencias sociales, el discurso ha sido aceptado desde hace ya tiempo como uno de esos medios posibles. Sin embargo, hacer recaer sobre él el peso de permitir el acceso a lo real (en el caso que nos ocupa, lo real de la relación entre subjetividad y trabajo) significa aplicarle los mismos recaudos considerados en el abordaje teórico. Esto es, evitar reduccionismos dualistas y trascendentalistas. Los desarrollos de Foucault con respecto al discurso, al igual que lo que vimos respecto al sujeto, están a salvo de esos reduccionismos.⁹ Ahora bien, aplicar una metodología “a la foucaulteana” implicaría implementar un tipo de estrategia que puede asimilarse bastante a un trabajo de comentario. Si bien esta forma de acceso al material empírico de una práctica no carece de valor *per se*, la intención de comprender la relación actual entre trabajo y subjetividad desde una mirada más “científica” y menos filosófica implica comprender que esa modalidad de trabajo resulta poco precisa en términos metodológicos y, por lo tanto, es poco transferible a otros análisis cuando no, difícil de imitar o de validar. En sus diversos trabajos Foucault no proporciona los elementos ni los pasos de una técnica precisa para analizar los discursos como práctica (y vale aclarar que, ciertamente, en tanto filósofo o historiador de las ideas -como él mismo se define- no era su interés dar cuenta de decisiones metodológicas que permitieran generar una técnica replicable). Entonces, desde un punto de vista técnico-metodológico, para lograr un abordaje más sistemático del material empírico de una práctica y en consonancia con la propuesta foucaulteana, es posible tomar en consideración los lineamientos propuestos por la corriente del Análisis crítico del discurso (ACD), de lo que nos ocuparemos a continuación.

4. El enfoque crítico del discurso: la corriente del ACD

La evaluación de la propiedad de una propuesta metodológica requiere de la consideración de los supuestos sobre los que se asienta. Por ello, en primer lugar, nos detendremos brevemente en los lineamientos teóricos de la corriente.

Los investigadores que la integran proponen una disciplina que tiene por objetivo “analizar, ya sean éstas opacas o transparentes, las relaciones de dominación, discriminación, poder y

⁹ No nos extenderemos aquí sobre esos desarrollos porque exceden los límites esperados de este trabajo. Solamente mencionaremos que las reflexiones foucaulteanas que abordan el discurso y que pueden leerse en clave metodológica son, principalmente, la *Arqueología del saber* (1969) y *El orden del discurso* (1970). Para un acercamiento a estos textos en relación con el enfoque que aquí estamos tratando puede consultarse Zangaro, 2011, en especial, capítulo I.

control, tal como se manifiestan a través del lenguaje” (Wodak, 2003:19). Las fuentes filosóficas que retomamos dan cuenta de su espíritu crítico: Foucault, la Escuela de Frankfurt (en particular Adorno y Horkheimer) y también Habermas, entre otros (CADAAD, 2008). Su perspectiva crítica busca relacionar discurso y sociedad mostrando cómo las relaciones de poder y las ideologías moldean el discurso, y el efecto constructivo que este tiene tanto en las identidades y las relaciones sociales como en los sistemas de conocimiento y creencia. Para ello, los analistas críticos proponen un modo de análisis del discurso que vaya “más allá de los límites de la frase, y más allá de la acción y de la interacción, y que intente explicar el uso del lenguaje y del discurso también en los términos más extensos de estructuras, procesos y constreñimientos sociales, políticos, culturales e históricos” (van Dijk, 1999:24).¹⁰

Los supuestos de este análisis establecen que el lenguaje es un fenómeno social y que el discurso es una forma de acción social; esto implica que el ACD tiene por objeto de análisis problemas sociales. Al mismo tiempo, asignan al lenguaje el poder de constituir sociedad y cultura, y anclan ese poder en su uso: por ello, para estos investigadores no tiene sentido analizar la estructura del lenguaje como si esta fuera independiente del uso que de él se hace, uso que depende, a su vez, del lugar que cada “hablante” ocupa en la estructura social. Otro supuesto interesante de la propuesta de esta corriente, y fundamental si buscamos pensar cómo los discursos forman parte de la construcción de una subjetividad sociohistóricamente anclada, es que el aspecto activo del lenguaje está tanto del lado de la producción como del de la recepción del discurso, es decir, los receptores de los discursos no son pasivos. Esto implica que el análisis no debe limitarse a los textos (como productos) sino que deben incluir los procesos de producción e interpretación. Pero producción e interpretación no son operaciones simétricas ya que, en tanto relaciones discursivas, implican relaciones de poder asimétricas: la existencia de relaciones de lucha y conflicto sociales más o menos abiertas dejan en lo discursivo rastros que estabiliza, fijan y “naturalizan” en los sentidos producidos esa asimetría social (Fairclough 2003). Explicar críticamente el discurso es “recuperar los significados sociales expresados en el discurso analizando las estructuras lingüísticas a la luz de su contexto interaccional y social más amplio” (Fowler *et al.*, citado en Fairclough, 1999: 27¹¹).

A los efectos de un análisis y sobre la base de estos supuestos, considerar a una interacción discursiva cualquiera (pongamos por ejemplo un diálogo, un artículo de una revista) como un

¹⁰ Con este enfoque, el ACD surge a comienzos de la década de los 90 de la reunión de Teun van Dijk, Norman Fairclough, Gunter Kress, Theo van Leeuwen y Ruth Wodak quienes, a pesar de representar perspectivas y enfoques teóricos y metodológicos disímiles, compartían “su agenda y su programa de investigación” (Wodak, 2003:22). Las similitudes se planteaban en la perspectiva general de encuadre del discurso y en el nivel de las implicaciones de la realización del análisis. Las diferencias, en el énfasis dado a los aspectos lingüísticos, sociales y políticos en la constitución de los discursos.

¹¹ La obra citada es *Language and Control*. México: FCE, 1983.

factor “micro” que se desarrolla en un contexto “macro” (una empresa, un equipo de trabajo) es resultado de una decisión metodológica porque, en la realidad, tal separación tajante es inexistente. Y eso, por varios motivos. En primer lugar, porque las personas se involucran en prácticas discursivas en tanto individuos y en tanto miembros de grupos y la identificación resultante de esa inscripción quedará plasmada en la conformación de sus discursos o en sus interpretaciones. En segundo lugar, porque las acciones discursivas, por más “acotadas” que estén, conforman de manera directa o indirecta relaciones y procesos sociales más vastos. En tercer lugar porque, en tanto las interacciones discursivas responden a un contexto de situaciones sociales, padecen los límites y los constreñimientos que estas les imponen. Finalmente, porque estas relaciones y prácticas tienen una dimensión cognitiva formada no sólo por las representaciones mentales que los individuos tienen en términos de experiencias propias sino también por las representaciones compartidas por los grupos en términos de conocimiento, actitudes e ideologías comunes.

En resumen: el ACD propone rastrear cómo los recursos lingüísticos y las estrategias discursivas desplegadas muestran la presencia de los puntos de vista, las actitudes, los valores y los objetivos de enunciación y de interacción que el discurso produce. Busca asimismo determinar las implicaciones sociales de este proceso, implicaciones que se relacionan con el papel que tienen los discursos en la transmisión y la legitimación de ideologías, valores y saberes, en el mantenimiento y refuerzo del *status quo* y en la construcción del sujeto. Según sus desarrolladores, si el ACD puede emprender estas búsquedas es porque concibe al discurso como una práctica social que se articula e interacciona con otras prácticas sociales “bien cuestionándolas, bien consolidándolas” (Martín Rojo, 1997: 4). En este marco, es factible considerar que los discursos del y sobre el trabajo sirven para legitimar ideologías, saberes y valores que ligan la subjetividad al trabajo.

5. La propuesta específica de Norman Fairclough

Sobre la base de esa matriz común, los representantes de la corriente del ACD han abordado diversos temas que hacen a las relaciones sociales y que atraviesan a las subjetividades actuales: racismo, género, educación y también trabajo. Entre ellos, en especial Norman Fairclough se ha ocupado de analizar discursos vinculados con el trabajo en el contexto del capitalismo actual. Su propuesta, sin sobredeterminar el lugar del discurso en las prácticas sociales (porque en cualquier práctica puede estar implicado el discurso sin que ninguna de ellas sea reductible a él -Fairclough, 2006), indaga en los efectos constructivos del discurso,

efectos que se concretan en las identidades sociales de los sujetos; en las relaciones sociales que establecen los que participan en un evento discursivo y en los sistemas de conocimiento y creencias, esto es, en la manera en la que los textos significan el mundo, sus procesos, entidades y relaciones.

En un enfoque inspirado en los desarrollos foucaulteanos, Fairclough sostiene la necesidad de analizar la vida social como una serie de redes interconectadas de prácticas de diferentes tipos. Al centrarse en las prácticas en este sentido, combina la perspectiva de la estructura con la de la acción (Fairclough, 2003) evitando reduccionismos, y se inscribe en un “estructuralismo constructivista” (Chouliaraki y Fairclough, 1999) que le permite considerar las prácticas como maneras “habituales” ligadas a tiempos y espacios particulares en las que las personas utilizan recursos materiales y simbólicos para actuar juntas en el mundo.

Para este autor, las prácticas tienen tres características: son formas de producción de la vida en lo económico, lo político y lo social; cada una está relacionada con otra en una red, y siempre tienen una dimensión reflexiva, porque las personas generan representaciones de lo que hacen como parte de lo que hacen (Chouliaraki y Fairclough, 1999). Están constituidas, además, por una serie de elementos diferentes, no discretos: actividad productiva, medios de producción, relaciones sociales, identidades sociales, valores culturales, tiempo y espacio, creencias, conocimientos, valores (Fairclough, 2003 y 2006) y, por supuesto, por un elemento semiótico o discursivo. Lo discursivo, entonces, no es omniabarcativo, ni determina un proceso unidireccional. No es omniabarcativo porque, para el autor, reducir todo lo social a lo discursivo implica caer en una falacia reduccionista y posmoderna, que se evita planteando, en cambio, una perspectiva dialéctica entre el discurso y las otras facetas extradiscursivas de lo social (Fairclough, 2005). Y no determina tampoco un proceso unidireccional porque existen procesos “articulatorios” que intervienen entre la construcción de los discursos concretos y procesos “más abarcadores” de construcción de “órdenes del discurso”, entendidos estos como “configuraciones sociales de prácticas discursivas en instituciones particulares o, incluso, en la sociedad en su conjunto” (Fairclough, 1999:9), como una configuración de discursos relativamente estabilizada y durable.

Para comprender analíticamente lo discursivo, entonces, es necesario establecer una diferencia entre tres conceptos de distinto nivel, cada uno de los cuales engloba al que le sigue: práctica social, práctica discursiva y texto. La práctica social, que puede estar completamente constituida por la práctica discursiva o puede estar formada por una combinación de práctica discursiva y no discursiva, establece los parámetros económicos, políticos e institucionales en los que se genera el discurso. La práctica discursiva, por su parte,

como forma particular de la práctica social, implica la producción, distribución y consumo de los textos. Y el texto es una manifestación lingüística oral, escrita o multimodal de la práctica discursiva.

En términos metodológicos, la tridimensionalidad del discurso demanda el análisis también de tres dimensiones (Fairclough, 1999). En la medida en que todo evento discursivo puede ser considerado simultáneamente como una instancia de práctica discursiva, como un texto y como una práctica social, su análisis será una progresión del nivel macro de las prácticas discursivas (análisis de las relaciones entre textos, procesos de producción y consumo), al micro (análisis de la práctica discursiva materializada en textos) para volver al análisis de la práctica social de la cual el discurso es parte. Esta propuesta implica una progresión de la interpretación a la descripción y luego nuevamente a la interpretación de ambas instancias a la luz de la práctica social en la que el discurso está inmiscuido. La tridimensionalidad del análisis permite aprehender las relaciones entre los cambios sociales y los cambios discursivos y relacionar de manera sistemática las propiedades de los textos con las propiedades de los eventos discursivos como ejemplos o instancias de la práctica social. Y lo importante para la comprensión de la relación entre subjetividad y trabajo es tener en cuenta que cada vez que se considere para el análisis el discurso en su aspecto dimensión de texto, de práctica discursiva o de práctica social, el discurso estará construyendo significados ideacionales, relacionales y de identidad. Por eso cada uno de los aspectos que se considere puede estar volcado a cualquiera de estos significados.

Sinteticemos brevemente las afirmaciones anteriores: el uso del lenguaje no es una actividad puramente individual ni un reflejo de variables situacionales. Es una práctica social que, desde una perspectiva dialéctica se puede relacionar con la estructura social: la estructura es condición para y efecto de la práctica. “Discurso” se utiliza para hacer referencia a los elementos semióticos de las prácticas sociales (Fairclough y Chouliaraki, 1999), pero sin perder de vista el hecho de que el énfasis está puesto en las relaciones entre los elementos lingüísticos/semióticos de lo social y otros elementos sociales (incluidos los materiales) (Fairclough, 2005). El discurso es un modo de acción de las personas sobre el mundo y sobre las otras personas, al tiempo que un modo de representación. Es una práctica que va más allá de representar el mundo: lo significa, construye y constituye el mundo en su aspecto de significado. Esto implica que la práctica discursiva es constitutiva en un sentido convencional (contribuye a reproducir la sociedad) y también creativo (la transforma).

La propuesta metodológica de Fairclough incluye la determinación de las distintas categorías de análisis a tener en cuenta, así como los lineamientos para la operacionalización de esas

categorías teóricas propuestas para el análisis del discurso, factibles de ser aplicadas a cualquier unidad discursiva de análisis que el investigador seleccione. En los cuadros se encuentran a continuación sintetizamos y organizamos la información que, al respecto, hemos rastreado de Fairclough 1999.

Cuadro 1: Abordaje crítico del discurso: categorías y dimensiones

		Dimensiones de las categorías:	
Categorías teóricas aplicables al discurso:	<i>Práctica discursiva</i>	• Intertextualidad (manifiesta y constitutiva)	
		• Cadenas intertextuales	
		• Coherencia	
		• Condiciones de la práctica discursiva	
	<i>Texto</i>	• Cohesión	
		• Gramática	Transitividad
			Tema
			Modalidad
		• Vocabulario	Significado de las palabras
			Léxico ¹²
	Metáfora		
	<i>Práctica social</i>	• Matriz social del discurso	
• Órdenes del discurso			
• Efectos ideológicos y políticos			

Cuadro 2: Abordaje crítico del discurso: operacionalización de las dimensiones

Dimensiones de las categorías:		Indicadores
• Intertextualidad (manifiesta y constitutiva)		Cláusula de reporte + representación del discurso; secuencia
• Cadenas intertextuales		Repeticiones y transformaciones textuales
• Coherencia		Elementos intertextuales que dan lugar a posiciones interpretativas
• Condiciones de la práctica discursiva		Pautas y prácticas sociales
• Cohesión		Conexión entre cláusulas; vocabulario de igual campo semántico, repetición, dispositivos de referencia y substitución
• Gramática	Transitividad	Nominalización y tipo de proceso referido
	Tema	Tema-rema
	Modalidad	Tiempo verbal, adverbios modales
• Vocabulario	Significado de las palabras	Adecuación – alejamiento de codificaciones y estandarizaciones
	Léxico	Variaciones en las expresiones
	Metáfora	Componentes de la comparación
• Matriz social del discurso		Elementos que respetan, modifican o violan las estructuras sociales hegemónicas de la matriz de los textos

¹² Proponemos los términos “léxico” y “vocabulario” para marcar las diferencias que Fairclough establece entre “wording” y “word meaning”, respectivamente. La primera opción hace referencia a las múltiples maneras en las que un mismo significado puede expresarse en distintas palabras. La segunda invierte la perspectiva al focalizarse en el rango de significados con los que habitualmente se asocia a un término.

• Órdenes del discurso	Relación entre práctica discursiva y orden del discurso
• Efectos ideológicos y políticos	Elementos discursivos en sistemas de conocimientos, creencias e identidades.

Fuente: Fairclough N., *Discourse and Social Change* (1999). Elaboración propia.

Siguiendo la propuesta de Fairclough, el análisis a partir de estas categorías da cuenta del carácter constitutivo del discurso en lo social y, por ello, permite ver de qué manera se plantean las prácticas sociales que ligán subjetividad y trabajo o un tipo de subjetividad particular vinculada con el trabajo en la actualidad.

6. Grilla de racionalidad e inculcación: la formación de sujetos

Intenté en este trabajo sostener que es posible elaborar un marco teórico y metodológico para estudiar la relación entre subjetividad y trabajo tomando como elemento central el discurso. Y lo que nos interesa remarcar es el hecho de que lo discursivo no juega aquí (como tampoco lo hace en Foucault ni en Fairclough) un papel reflejo de lo social. Esto es, no se trata de que abordar los sentidos desplegados en el discurso nos develará un conjunto de significados subyacentes de los que los sujetos son más o menos conscientes. Ningún discurso sobre el trabajo o del trabajo reproduce especularmente una situación de saber-poder: los textos no vienen a describir o “reproducir” una situación que al hombre le es externa o ajena. El discurso sobre el trabajo no representa la relación entre subjetividad y trabajo. Una perspectiva que considerara que el discurso sólo representa la realidad a la que se refiere podría ser catalogada de reduccionista respecto de las potencialidades del discurso, pues deja de lado su aspecto constitutivo¹³.

Como consecuencia de lo anterior, en tanto componente de las prácticas sociales, el discurso es productivo.¹⁴ Produce discursivamente objetividad, esto es, sociedad capitalista y subjetividad, es decir, sujetos en sociedad capitalista. Pero es importante tener en cuenta que, en el sentido que le estamos dando aquí y en concordancia con el marco teórico-metodológico presentado, esta afirmación no implica que objetividad y subjetividad sean discurso. Esta perspectiva podría implicar una sobredeterminación del lugar de lo discursivo en relación con lo no discursivo, sobredeterminación que consideremos necesario evitar.

¹³ Y presenta, además, algunos problemas teórico- metodológicos particulares como, por ejemplo, el de proponer y justificar las reglas que sirvan para validar la adecuación de la correspondencia entre discurso y realidad.

¹⁴ En términos de Fairclough, constitutivo.

Tomando distancia respecto de ambas lecturas extremas del discurso (la que le asigna un papel puramente subordinado respecto de lo real y la que sobredetermina su función en la creación de lo real), consideramos que los discursos sociales que toman como tema el trabajo o el sujeto en el trabajo se inscriben dentro del orden del discurso del capitalismo (Chiapello y Fairclough 2002), orden del discurso que establece parámetros de racionalidad para la comprensión de la realidad del trabajo y de sí mismo en y a partir del trabajo. El orden del discurso y sus parámetros de racionalidad trazan una matriz socialmente establecida de comprensión de lo real y de uno mismo a la que se puede adherir o resistir. En los límites definidos por esos parámetros, los discursos sobre el trabajo construyen significados particulares (ideacionales, relacionales y de identidad) que “promueven” subjetividades con características específicas, en el sentido de que presentan ciertas modalidades de ser en el trabajo como racionales y socialmente deseables. En la actualidad promueve, por ejemplo, subjetividades en términos de líderes proactivos, emprendedores, sensibles, comprometidos con el logro de un desempeño excelente, capaces de empoderar a otros, etc. ¹⁵Podemos vincular esta idea de “promoción” con el concepto de inculcación de Fairclough. Dice este autor: “Los discursos, como imaginario, pueden también llegar a ser inculcados como nuevas formas de ser, como nuevas identidades. Es sabido que las nuevas formaciones económicas y sociales dependen de nuevos sujetos –por ejemplo, “el taylorismo, como sistema de producción y *management*, depende de cambios en las maneras de ser y en las identidades de los trabajadores (Gramsci 1971). Podemos pensar los procesos de ‘cambio de sujeto’ en términos de inculcación de nuevos discursos (el taylorismo sería un ejemplo). La inculcación es un proceso por el que las personas llegan a ‘apropiarse’ de los discursos, a posicionarse al interior de ellos, a actuar, pensar, hablar y verse en términos de los nuevos discursos” (Fairclough, 2006b). ¹⁶

El discurso implica efectos en el nivel del conocimiento y también en el de la práctica. No se vincula sólo con fenómenos relativos a la comprensión sino también con la acción en la realidad, realidad en la que el sujeto actúa y realidad del mismo devenir sujeto. “La inculcación también tiene sus aspectos materiales: los discursos se inculcan dialécticamente no sólo en estilos, maneras de usar el lenguaje, también se materializan en cuerpos, posturas, gestos, maneras de moverse, etc. (que se semiotizan en diversos grados, pero sin ser reductibles a la semiosis)” (Fairclough, 2006b). En nuestro caso particular esto es: los discursos acerca del trabajo y del sujeto que trabaja instalan una matriz de racionalidad que

¹⁵ Para un detalla de los significados ideacionales construidos en el discurso, y que alimentan la matriz de racionalidad que define los elementos que se consideran adecuados (deseables).

¹⁶ La obra de Gramsci citada es *Cuadernos de la cárcel* (1929).

enmarca, da sentido y configura un conjunto de prácticas que los individuos operan sobre otros y sobre sí mismos y que, en el juego de objetivación-subjetivación de lugar a la aparición de un sujeto con características particulares. Estas prácticas están en relación (nuevamente vale aclarar, de resistencia o adhesión) con los contenidos de esas propuestas discursivas; se enmarcan en el espíritu del capitalismo en tanto este es la ideología que justifica el compromiso con el sistema capitalista (Boltanski y Chiapello, 2002), en cuanto constituye el orden del discurso que opera de contexto. Las prácticas de gobierno propuestas para la época, que ligan subjetividad y trabajo en términos de capital humano, entonces, pueden comprenderse en el marco de los lineamientos por el orden del discurso que responde al espíritu neoliberal, y pueden ser analizadas a partir del análisis sistemático de discursos producidos en las prácticas sociales actuales.

Bibliografía

Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

CADAAD (2008). *Glossary*. [http: www.cadaad.org.] Fecha de consulta: 20/08/08.

Castro, E. (2011). *Diccionario Foucault. Temas, concepto y autores*, Bs.As.: Siglo XXI.

Chiapello, E. y Fairclough, N. (2002). “Understanding the new management ideology: a transdisciplinary contribution from critical discourse analysis and new sociology of capitalism”. *Discourse & Society*, Vol. 13, pp. 185 a 208.

Chouliaraki L. y Fairclough, N. (1999). *Discourse in Late Modernity. Rethinking Critical Discourse Analysis*. Edimburgh/Cambridge: Edimburgh University Press.

Fairclough, N. (1999). *Discourse and social change*. Londres: Polity Press.

Fairclough, N. (2002). “Language in New Capitalism”. *Discourse & Society*. Londres: Sage, Vol. 13, pp. 163-166.

Fairclough, N. (2003). “El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales”. En: Wodak, R. y Meyer, M. (comp.) (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa, pp. 179 - 203.

Fairclough, N. (2006a). “Critical discourse analysis, organizational discourse and organizational change”. [http://www.ling.lancs.ac.uk/staff/norman/paper3.doc] Fecha de consulta: 19/10/2006.

Fairclough, N. (2006b): “Critical discourse analysis”. [http://www.ling.lancs.ac.uk/staff/norman/critdiscanalysis.doc] Fecha de consulta: 19/10/2006.

Foucault, M. (1984). “Foucault”, en Foucault, M. (1999), pp. 366-368.

- Foucault, M. (1986). *La verdad y las formas jurídicas*. México: Gedisa.
- Foucault, M. (1988). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión moderna*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*, Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. (1998). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006a). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976*. Bs. As.: FCE.
- Foucault, M. (2006b). *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France 1977-1978*. Bs. As.: FCE.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Bs. As.: FCE.
- Guattari, F. (1996). *Caosmosis*. Bs. As.: Manantial.
- Martín Rojo, L. (1997). "El orden social de los discursos". *Discurso* 21/22, pp. 1 -37.
- Marx, K. (1990). *El capital*, T.I, L.I, México: Siglo XXI.
- Van Dijk, T. (1999). "Argumento". *Anthropos*, septiembre-octubre 1999, pp.23-26.
- Wodack. R. (2003). "De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos". En: Wodack, R. y Meyer, M. (comps.) (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa, pp. 17-34.
- Zangaro, M. (2011). *Subjetividad y trabajo. Una lectura foucaultiana del management*. Bs.As.: Herramienta.